

# *Huérfanos* del tiempo destruido

Luis Enrique Duarte



EDITORIAL  
UCR

*Huérfanos*  
del tiempo  
destruido

Luis Enrique Duarte

  
EDITORIAL  
UCR  
2018

863.5  
D812h

Duarte, Luis Enrique, 1975-  
Huérfanos del tiempo destruido / Luis Enrique  
Duarte. – 1.ª ed. – Costa Rica: Edit. UCR, 2018.  
131 p.

ISBN 978-9968-46-710-0

1. NOVELA NICARAGÜENSE. I. Título.

CIP/3262  
CC.SIBDLUCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.  
Primera edición: 2018.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEUCA),  
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Mercedes Villalobos C.* • Revisión de pruebas: *A. José Ríos S.*  
Diseño de contenido y portada: *Abraham Ugarte S.* • Diagramación: *Kattia Garro B.*  
Control de calidad: *Everlyn Sanabria R.* y *Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • [administracion.siedin@ucr.ac.cr](mailto:administracion.siedin@ucr.ac.cr) • [www.editorial.ucr.ac.cr](http://www.editorial.ucr.ac.cr)  
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: Agosto, 2018.  
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

*A mi generación*

*La juventud no tiene dónde reclinar la cabeza.*

Carlos Martínez Rivas

# 1

**E**l cuero nuevo había perforado los calcetines y la piel de sus talones, y la sangre escurrida en el interior de los zapatos hacía que cada paso fuera anunciado por un chirrido cómico. Comenzó a cojear, pero la Pituca lo empujaba, pensando que fingía. Debían llegar a tiempo, aunque cada centímetro del camino doliera; era el primer día de clases.

En la esquina del colegio escucharon el timbre de formación para el acto cívico y los hermanos corrieron creyendo que era el aviso de entrada. Rosi hizo un último esfuerzo, pero la correa de su maletín se rompió y los cuadernos se desparramaron en la calle de tierra. La Pituca, enojada, le dio una palmada fuerte detrás del hombro. *¿Por qué sos tan burro?*, gritó.

La escuela Los Pollitos era uno de los pocos edificios de verjas y muros en aquella época en la que la ciudad parecía un llano de potreros y edificios fantasmas sobrevivientes al terremoto y la guerra de insurrección. Era un sistema de calles sin nombre, llenas de polvo en verano y lodo en invierno, marcado aún por las balas en las paredes o placas en las esquinas que recordaban el nombre de insurgentes muertos por la guardia.

Un candado adornaba la entrada como una flor metálica y, al otro lado de las rejas, el nuevo año escolar iniciaba entre gritos y confusión. Los hermanos no fueron los únicos en llegar tarde. Frente al portón, fueron amontonándose, poco a poco, más jovencitos vestidos de azul y blanco, recién bañados y perfumados, sujetos a las manos sudadas de sus madres que, al margen del encierro inaugural, miraban con la boca abierta a aquellos maestros que trataban

de tomar el control de la asonada infantil. Esto se convertiría en un recuerdo habitual, como si se tratara de un nacimiento tardío o de una especie de estado de conciencia inaugurado cinco años después de haber roto lazos con el cordón umbilical. Por la falta de memoria de sus primeros años, Rosi empezaría a contar su vida desde la llegada a la escuela.

La directora quería demostrar que serían estrictos con la puntualidad desde el primer día de clases. La aparente exigencia se trataba de una medida para impresionar a los padres ante la decadente matrícula de ese año y la igualmente escasa reputación del centro. No solo contaban con una pésima infraestructura; la escuela costaba casi como los colegios jesuitas y la mayoría de los docentes no había terminado la educación normalista o costaba sus estudios nocturnos dando clases mientras encontraba “algo mejor”.

Muchachos sin vocación cansados de buscar empleo y mujeres adultas que practicaban sus frustraciones domésticas bautizaban con tiza blanca toda la información de los programas oficiales de estudio y dictaban los contenidos a ochenta demonios hacinados que escribían por horas, tocándose unos a otros los codos hasta la incandescencia del mediodía.

La elección de la escuela fue una especie de cortocircuito cerebral. Madre no tuvo tiempo de inscribir a los hijos en el plazo programado, pero tres semanas después de iniciar las matrículas, viajando en un taxi abarrotado con sus compras de mercado, descubrió el rótulo de Los Pollitos. Era una imagen muy visible robada de un restaurante de pollo rostizado –con su escudo azul y blanco– y el lema “Dios, sabiduría, patria”. A lo largo de la calle, una manta informaba: “Aún tenemos cupos disponibles”. El domingo antes de clase llevó a la Pituca desde la casa hasta el colegio para enseñarle el camino de 30 minutos.

A Rosi no le importaba el nombre o la reputación de Los Pollitos. De hecho, creía que todas las escuelas eran iguales; en su mente solo existían como una palabra más sin referente concreto. Eran lugares donde los padres encerraban a sus hijos la mitad

del día durante los largos e interminables años que precedían a la vida adulta.

La Pituca también asistía por primera vez a la escuela, pero empezaría desde el segundo grado, porque aprendió a leer en un jardín de infantes que una vecina había improvisado en su garaje. El hermano mayor fue, por su cuenta, a una secundaria pública que después bautizarían como “El Gallinero” porque, con el reclutamiento forzado de adolescentes a las milicias, la proporción de mujeres llegaría a nueve por cada hombre.

Por lo demás, el mundo educativo no era muy atractivo tras las rejas: los futuros compañeros eran como animalitos asustados en el caos predecible de una turba desorganizada y las maestras eran niñas grandes que se movían, de un lugar a otro, tratando de controlarlos con gritos, pues creían que una fila hecha en orden de tamaño sería suficiente para disciplinarlos.

Si las llaves no hubieran desaparecido, las maestras habrían dejado entrar al grupo de impuntuales, pero ningún mortal supo que un audaz chico –con una prodigiosa habilidad criminal– las había sustraído y vuelto a dejar en su lugar poco antes de mediodía, cuando la travesura ya era una insoportable acidez de estómago.

Rosi regresó temprano a casa con amargura en el alma, los tacones en carne viva y los zapatos en la mano. Llegó a la pared de su cuarto y midió su estatura mientras pensaba en la escena al otro lado de la reja, en el nuevo orden y en el lugar que debería ocupar en ese tumulto de desconocidos con rostros confusos. Pensó en los juegos de béisbol de dos bases, los trompos y chibolas en las calles de su barrio; en las tardes de muñequitos, cuando solo había un canal de televisión que empezaba a transmitir a las 3:30 de la tarde, y en la vida sin tareas obligatorias, calificaciones u órdenes casi militares. Realmente, parecía imposible vivir sin ver el sol de las mañanas más que para salir media hora a un patio embaldosado, escuchando a diario la voz de un único sujeto, horas y horas, día tras día, año tras año.

Todo estaría limitado a partir de ese momento; nada sería igual en ese lugar construido por adultos y repleto de niños. Aquel sitio desprovisto de libertad no era una cárcel, pero parecía, de verdad, una granja de pollos alimentados con órdenes, cuya única opción de supervivencia era conformarse, vivir en paz con los interminables contenidos y ejercitar la memoria con datos sin recuerdo.

Rosi tendría –además– que compartir esos años con una masa uniformada, un ejército de seres por domesticar. La gente de primer grado dejaba aquel paraíso de egoísmo en el que se recibe de todos y casi todo sin agenda, sin necesidad de retribuir, dejarse examinar o exponer resultados, y comenzaría a interactuar en las contradicciones del mundo de los grandes.

Cuando la naturaleza primitiva del niño se convierte en el adulto ejercicio de la memoria, uno empieza a envejecer y, si uno está pequeño, ese envejecimiento se llama crecer. La escuela extermina la infancia: el sujeto–animal tiene que aprender a ser productivo y conocer las normas del sistema de los seres racionales. Los maestros lo adoctrinan para convertirlo en un ser de solemnidad sospechosa, porque ser mayor es volverse aburrido; los viejos creen saberlo todo, pero no saben vivir.

Y como si ya la primaria no bastase, habían inventado el preescolar.

Rosi no podía hablar de la bienvenida, ni decir cuál era su aula, ni su maestra ni qué necesitaba para sus próximas clases. Recibiría la acusación culposa de la Pituca y una paliza de Madre por haber perdido aquel memorable día escolar.

A la mañana siguiente saldrían de casa 15 minutos más temprano; Rosi llevaría los mismos zapatos de cuero.

Esta es una muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo  
en la [Librería UCR](#).

LIBRERÍA  
  
UCR